

La niebla de Marina

Novela breve

LUCÍA NAVARRO

La niebla de Marina

Novela breve

Lucía Navarro

Índice

Capítulo 1 · La llegada 1
Capítulo 2 · El faro 3
Capítulo 3 · Lo que dijo el mar 6

CAPÍTULO 1

La llegada



Marina bajó del autobús cuando la niebla todavía cubría el muelle, y nadie la esperaba. Eso, pensó, era exactamente lo que necesitaba: un lugar donde nadie le preguntara por qué había vuelto después de tantos años.

El pueblo seguía donde lo había dejado, pero más pequeño. Las casas bajas se apoyaban unas en otras como si temieran caerse, y el olor a sal y a madera mojada le abrió, sin permiso, una puerta que llevaba años cerrada. Caminó despacio, arrastrando la maleta por el adoquinado, y se detuvo frente a

la panadería de la esquina. La luz estaba encendida. Dentro, una mujer amasaba con los brazos enharinados hasta los codos.

—Llegas temprano —dijo la mujer sin levantar la vista—. El de la tarde trae a los turistas. El de la mañana solo trae a los que vuelven.

Marina no supo qué contestar. Compró un pan **caliente**, pagó con monedas que se le habían quedado en el bolsillo del abrigo y salió de nuevo a la calle. La niebla se había movido un poco. Ahora dejaba ver, al fondo, la silueta del faro, *inmóvil*, como un centinela que hubiera olvidado a quién esperaba.

. . .

La casa de su abuela estaba cerrada con el mismo candado oxidado de siempre. Buscó la llave en el lugar de siempre —bajo la maceta de geranios secos— y la encontró allí, envuelta en un trapo, como si alguien hubiera sabido que iba a volver.

Dentro, el aire olía a lavanda y a tiempo detenido. Sobre la mesa de la cocina había un sobre sin remitente. Tenía su nombre escrito con una letra que conocía mejor que la suya.

> *«Si estás leyendo esto, es que por fin has vuelto. No abras nada hasta que haya salido el sol.»*

Marina dejó el sobre donde estaba. Puso la tetera al fuego y se sentó a esperar el amanecer, con las manos alrededor de una taza que no tenía ganas de beber.

CAPÍTULO 2

El faro



El sol salió despacio, como si también dudara. Marina abrió el sobre con dedos torpes y encontró dentro una llave pequeña, de bronce, y una hoja doblada en cuatro. La letra de su abuela, firme y ladeada, decía:

> *«El faro no se apaga solo. Alguien tiene que subir cada noche. Yo ya no puedo.»*

Leyó la nota dos veces. Luego salió a la calle y caminó hacia el acantilado, siguiendo el sendero de tierra que serpenteaba

entre los juncos. Las gaviotas, que nunca respetan ningún silencio, discutían a gritos sobre algo que solo ellas entendían.

La puerta

La puerta del faro era de hierro y estaba cubierta de una pátina verdosa. La llave de bronce entró en la cerradura como si hubiera estado esperando ese momento desde siempre. Dentro, una escalera de caracol subía en espiral hacia la luz del día que se filtraba por las ventanas estrechas.

Marina contó los escalones mientras subía: ciento doce. En el escalón noventa y siete, alguien había tallado una inicial con la punta de una navaja, y en el ciento cinco, otra. Eran las iniciales de tres generaciones de mujeres de su familia, y entendió que no eran adornos, sino una cuenta: cada una había subido hasta allí, había marcado su lugar y había seguido adelante.

Al llegar arriba, el viento le despeinó el cabello y le arrancó el aliento. La lámpara, enorme y silenciosa, esperaba bajo su cúpula de cristal. A su lado había un cuaderno de tapas gastadas. Marina lo abrió por la primera página:

1. Revisar el aceite de la lámpara antes del anochecer.
2. Encender cuando la luz del día empiece a ceder.
3. Anotar los barcos que pasen. Todos. Sin excepción.

—Qué extraña herencia —murmuró.

Se quedó allí hasta la tarde, hojeando el cuaderno, leyendo nombres de barcos que había visto pasar su abuela durante cuarenta años. Hubo uno, subrayado dos veces, que le llamó la atención: el *Marina de Poniente*. Era un velero pequeño, de casco azul, y había pasado frente al faro la misma noche en que ella nació.

. . .

Cuando por fin bajó, el pueblo ya se había encendido. En la panadería, la mujer de los brazos enharinados la saludó con la cabeza desde la puerta, como se saluda a alguien a quien se espera desde hace mucho.

CAPÍTULO 3

Lo que dijo el mar



Esa noche, Marina encendió la lámpara por primera vez. Tardó en entender el mecanismo: una manivela, un contrapeso, un engranaje que giraba con una paciencia casi humana. Cuando por fin la luz barrió el agua, sintió que el pueblo entero respiraba aliviado, aunque nadie lo supiera.

Abajo, en la oscuridad, pasó un barco. Marina lo anotó con letra temblorosa: *Tramontana*, hora de las diez y cuarto, rumbo al norte. Luego pasó otro, y otro. Hacia la medianoche,

el viento trajo un olor a ahumado, a madera de roble y a historias contadas junto al fuego.

Pensó en las palabras que su abuela le repetía de niña, esas que le parecían un acertijo: *ḥesed*, decía, con una aspiración en la hache que Marina nunca supo imitar. «La lealtad que no pide nada a cambio —explicaba—. La que sostiene a los demás aunque nadie la vea.» Marina entendió ahora que el faro era eso mismo: una lealtad de piedra y de luz, mantenida noche tras noche por manos que no esperaban aplausos.

. . .

Al amanecer apagó la lámpara y dejó el cuaderno abierto sobre la mesa, con la última anotación todavía fresca. Salió al balcón de hierro. El mar estaba en calma, de un gris perlado que lentamente se volvía dorado.

Y entonces lo vio: lejos, casi en el borde del horizonte, un velero pequeño de casco azul avanzaba hacia la costa.

Marina sonrió. Cogió la pluma y escribió, en la primera línea libre del cuaderno, su propio nombre. Debajo, con letra más segura, añadió: *Aquí sigo.*